

**¿Rupturas o continuidades?
Generaciones y militancias políticas de izquierda
en el movimiento estudiantil durante la transición chilena.
El caso de las «Juventudes Comunistas de Valparaíso» (1990-1997)**

**Breaks or continuities?
Generations and left-wing political militancy
in the student movement during the Chilean transition.
The case of the «Communist Youth of Valparaíso» (1990-1997)**

Pérez-Contreras, Aníbal

Universidad de Playa Ancha, Chile

anibal.perez@upla.cl

 <http://orcid.org/0000-0001-9625-9612>

Álvarez-Vallejos, Rolando

Universidad de Santiago de Chile

rolando.alvarez@usach.cl

 <https://orcid.org/0000-0003-3481-8153>

Resumen

Este trabajo analiza los procesos de recambio generacional al interior de las Juventudes Comunistas de Chile. En particular, se pregunta cómo dicho fenómeno se generó al calor del movimiento estudiantil durante la transición a la democracia. Aunque gran parte de la bibliografía ha puesto atención en los cambios culturales y generacionales, el presente artículo matiza dichas visiones y propone que, a través del caso de Valparaíso, se evidencia

la configuración de una continuidad histórica a partir de una generación de enlace que sintetizó la experiencia de resistencia antidictatorial con la de la transición a la democracia.

Palabras clave: comunismo, generación, movimiento estudiantil.

Abstract

This article analyzes the processes of generational change within the Chilean Communist Youth. In particular, it is asked how this phenomenon was generated in the heat of the student movement developed during the transition to democracy. Although much of the bibliography has paid attention to cultural and generational changes, this article qualifies these visions and proposes that through the Valparaíso of case, the configuration of a historical continuity would be evident from a generation of exaltation that synthesized the experience of anti-dictatorial resistance with that of the transition to democracy.

Keywords: communism, generation, student movement

Recibido: 6 de agosto de 2024 - **Aceptado:** 16 de octubre de 2024

1. Introducción

*...Me vienen a convidar a arrepentirme
Me vienen a convidar a que no pierda
Me vienen a convidar a indefinirme
Me vienen a convidar a tanta mierda...
(El Necio, Silvio Rodríguez).*

De un tiempo a esta parte, los trabajos historiográficos que han recurrido a las generaciones como construcciones sociales y categorías explicativas han aumentado considerablemente. En el marco de dichos usos existe consenso en que las generaciones no responden necesariamente a una delimitación temporal objetiva ni biológica. Tal y como lo

planteó tempranamente Mannheim y ha sido refrendado en los estudios de Whittier (1995), Moyano (2009), Muñoz (2011a, 2018), Álvarez (2018), las generaciones responden más bien a un grupo humano que se articula en base a una experiencia histórica común cuya referencia temporal los organiza y dispone a ordenar la significación de su pasado, presente y futuro. Más aún, estudios significativos han avanzado en cruzar la noción de generación con las variables de juventud y militancias políticas. Esto ha permitido comprender de una manera más compleja las dinámicas internas de los partidos políticos, además de su relación con movimientos sociales con anclaje juvenil como los actores estudiantiles y, sobre todo, las expectativas de cambios estructurales en sus expresiones progresistas y revolucionarias (Muñoz, 2011b, 2020). Particularmente, en este último ámbito, los trabajos han analizado las nomenclaturas internas que se desarrollan en las comunidades de sujetos, atendiendo en cómo la variable generacional puede implicar desde construcciones microidentitarias, pasando por límites relacionales de los ordenamientos internos, hasta categorías analíticas para

explicar el devenir entre juventudes partidarias y militancias adultas (Muñoz, 2015).

Ahora bien, en las dinámicas de las experiencias militantes es posible que se potencien interacciones generacionales. Es decir, puntos de encuentro y articulaciones entre una generación que va siendo desplazada en las relaciones de poder más «duras» y sobre la cual emerge en referencia a su antecesora una nueva (Muñoz, 2011a). En otras palabras, pueden convivir e interactuar generaciones diferentes en un mismo ciclo histórico, filtrando y ordenando nuevos acuerdos en la construcción del orden deseado. Con todo, en el marco de dichas interacciones generacionales se pueden rastrear las denominadas generaciones de enlace, es decir, aquellas que suelen actuar como nexos entre los ejes identitarios de la antigua generación y las identidades generacionales que se construyen en torno a las nuevas marcas históricas, transmitiendo memorias e influencias en las nuevas lecturas de la realidad (Salazar y Pinto, 2002).

El presente trabajo recurre a la reflexión teórica generacional para adentrarse en un objeto de

estudio específico como lo es la militancia de izquierda en el movimiento estudiantil durante la transición chilena. Esto por cuanto dicho periodo permite entrecruzar la experiencia histórica de la militancia partidista propia del siglo XX con las nuevas dinámicas que emergían tanto en los cambios políticos culturales mundiales como las transformaciones estructurales a nivel nacional.

En particular, el periodo transicional chileno ha sido estudiado desde diversas perspectivas teóricas, así como en distintos niveles y escalas (Ponce, et al., 2018). Centralmente, en lo referido al movimiento estudiantil, durante el ciclo existe consenso en el tratamiento bibliográfico en cuanto a que las movilizaciones nacionales producidas en el año 1997 contra la «Ley Marco», propuesta desde el gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle, representaron el punto más alto de la agitación estudiantil durante la década del noventa (Roco, 2005), (Moraga, 2006). Sin lugar a duda, dicha movilización sorprendió a especialistas de la época que habían caracterizado a los jóvenes como una generación apática con la política,

individualista y centrada en el consumo (Riquelme, 1999; Moulian, 1997).

Sin embargo, no existe acuerdo en las implicancias y consecuencias que estas movilizaciones tuvieron para la constitución del movimiento. Por una parte, algunos trabajos mostraron los aspectos nuevos en las dinámicas propias del ámbito estudiantil. Desde esta óptica, estaríamos en presencia de actores que bajo un nuevo escenario mundial (pos Guerra Fría) y local (transición a la democracia) habrían innovado tanto en los repertorios de acción colectiva como en las expectativas de transformación mediante una profunda crítica a las generaciones que los antecedieron. De esta manera, la generación estudiantil de los noventa desplegada en plena transición democrática, sería —a juicio de estos enfoques— radicalmente crítica de su antecesora de los ochenta. En particular, a través de sus expresiones de izquierda extrainstitucional, la «G-90» habría cuestionado las formas conservadoras y tradicionales de la militancia, así como la separación decantada entre actores sociales y los propios partidos. Anclados en una lógica «movimientista» y cultural de izquierda reivindicaban ciertos niveles de horizontalidad

y su amplitud a nuevos sujetos sociales más allá de la clase trabajadora clásica del enfoque marxista (Meza, 2006; Muñoz, 2011b: 288-289).

Desde otro ángulo, el trabajo de Luis Thielemann (2016) describió el contexto transicional signado por la desconexión movimiento/partido en diversos frentes de la política nacional. En esto, a juicio del autor, los estudiantes de izquierda radical (Juventudes Comunistas y Movimiento Surda, principalmente) habrían logrado zafar de esta dinámica, logrando articular ambas esferas convirtiéndose en la «anomalía social» de la transición. De esta manera, más que una ruptura con la generación ochentera, las militancias políticas y sociales en el movimiento estudiantil habrían recibido la herencia de su antecesora combinando cambio y continuidad.

Con todo, el presente trabajo aborda precisamente esta dinámica de herencia y adaptación para explicar cómo se desarrollaron estos cambios con continuidades. Para lo anterior se proponen dos matices analíticos. Primero, se descentraliza el análisis, dado que la mayoría de los estudios se ha enfocado

en el caso de Santiago, principalmente en la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH) así como en la Universidad Católica (Karle, 2023). O, en algunos casos, en Concepción y la Universidad de Concepción (FEC) (Santibáñez y Ganter, 2016). Por el contrario, el presente trabajo desplaza la óptica hacia la Quinta Región de Valparaíso, con el objetivo de explorar nuevas dinámicas en otros territorios. En segundo lugar, toma como objeto de estudio el caso de las Juventudes Comunistas de Chile (JJ.CC. o Jota), anclado en las federaciones de estudiantes de las cuatro universidades tradicionales de la zona: Playa Ancha (ex Pedagógico de la Universidad de Chile en Valparaíso), Valparaíso (ex Universidad de Chile en la zona), Católica y Técnica Federico Santa María. Con dicho objeto busca explicar las razones de la denominada «anomalía social de la transición», es decir, explora el cómo se experimentó estas continuidades en el juego de interacciones generacionales durante los noventa del siglo XX.

Por otra parte, la trayectoria de las Juventudes Comunistas de Chile durante la década de los noventa ha sido abordada buscando explicar

su estrategia de sobrevivencia tras las agudas crisis internas que padeció la organización en los años 1990 y 1992, que significó una crítica disminución de militantes (Pairicán, 2016). Asimismo, se ha examinado los resultados de la estrategia de las Juventudes Comunistas al interior de las organizaciones sociales, especialmente a partir del diseño de una política universitaria crítica del modelo heredado por la dictadura (Pairicán, 2017; Thielemann, 2014).

Finalmente, proponemos como hipótesis central que para el caso de las Juventudes Comunistas de la zona existió una generación de enlace que logró traspasar la experiencia de la militancia ochentera (disciplinada, de combate y articuladora de lo social con lo político), hacia la nueva generación desplegada en la transición. A nuestro juicio, esta generación de enlace operó como bisagra con la siguiente generación de jóvenes comunistas, evitando con esto la desconexión social de la militancia política, algo característico del contexto nacional de la época. De esta forma, un conjunto de actores tras su experiencia militante durante la dictadura

militar, ingresaron «viejos» a la universidad incidiendo en las formas de organización de la militancia comunista estudiantil. Esto se expresó en parte en las movilizaciones estudiantiles de este periodo, que rescataron parte del repertorio de acción colectiva de la década pasada y, además, en demandas que cuestionaban la continuidad del legado dictatorial en el modelo universitario chileno.

En términos metodológicos recurrimos a entrevistas semiestructuradas con informantes claves que militaron en la colectividad en su expresión estudiantil durante el ciclo de estudio. Además, se aplicó una revisión de fuentes abiertas de prensa local y nacional en el periodo señalado.

2. Las Juventudes Comunistas de Chile en tiempos de crisis vital

Existe consenso en que el inicio de la década de 1990 fue un periodo de crisis para el comunismo chileno. Para ese entonces, el partido de la hoz y el martillo sufría una dura experiencia política, ideológica y social. En paralelo al fracaso de la estrategia rupturista

para acabar con la dictadura militar nacional, el escenario internacional mostraba la crisis del socialismo real representada en la caída del muro de Berlín, luego el derrumbe de la Unión Soviética, así como el ingreso de Cuba al «periodo especial». Con esto, el PC chileno vio cómo se tensionaban estructuralmente sus certezas vitales. Más aún, en el plano local el contexto era también difícil. Aislado en términos electorales, su estrategia de dura crítica tanto a la derecha como hacia la Concertación, lo llevó a intentar diversas formas de alianzas hacia la izquierda del oficialismo las que, aunque fueron variables en términos porcentuales, no le alcanzaban para insertarse en la institucionalidad y volver a su etapa de mayor influencia como lo había sido previo al golpe militar de 1973 (Álvarez, 2019).

Las Juventudes Comunistas, rama juvenil del partido, no estuvieron exentas de este escenario de crisis y aislamiento político institucional. Hacia 1990 la crisis se instalaba en la «Jota» y renunciaba el 40% de su comité central cuyos integrantes derivaron en distintas expresiones de otras izquierdas, o derechamente, abandonaron la militancia

activa (Álvarez, 2019). En 1992 estalló un segundo conflicto en la comisión ejecutiva de los amarantos. Este hecho se relacionó con el cuestionamiento de la conducta personal del entonces Secretario General de las JJ.CC., lo que generó una fuerte discrepancia entre la conducción de la organización y la dirección del partido adulto sobre cómo resolver la situación del máximo dirigente de la Jota. El conflicto se ramificó a las bases territoriales, especialmente en la Región Metropolitana, golpeando duramente la épica de la militancia juvenil comunista. Pues la crisis mostró la cara más rústica y brutal de las dinámicas políticas (Pairicán, 2016).

¿Cómo recuerdan este periodo los militantes de la Jota de la región de Valparaíso en Chile? Los diversos relatos de los entrevistados dan cuenta del impacto que tuvo dicha crisis en la subjetividad militante. Alexis Antinao, miembro de la «Jota UPLA», recordaba lo duro de la época de la doble crisis: la caída del socialismo real y la consecuente fisura interna:

Entonces fue súper complejo, la caída del muro, más los elementos ideológicos. Empecé

a dudar en algún momento de cómo salir de esto y más aún viene la crisis (de la Jota), empiezan a irse compañeros y que bueno que haya pasado eso, porque te das cuenta en qué caminos estábamos, cuál era tu convicción como militante comunista. Algunos se fueron pa' (sic) la casa, otros aprovecharon de irse, muchos de ellos encontraron pega (sic) en la misma Concertación, si parte de los militantes del partido generaron otros referentes, entre ellos Guastavino o se fueron derechamente al PPD, sobre todo gente de la Jota (Entrevista a Alexis Antinao, 25 de julio de 2023, p. 7.)

Como se deja entrever en el relato, el impacto para Antinao fue en el registro de vitalidad, es decir, de un duro golpe a las certezas de la vida comunista. Lo que el entrevistado llama «convicción», se erigía así en una frontera de delimitación entre lo aceptable y lo inaceptable. Por ello, la temporalidad de crisis se dejaba caer sobre los sujetos, poniendo a prueba los bordes vitales de la militancia. Desde la mirada del entrevistado, lo propio de pertenecer a las JJ.CC. era resistir al interior de la casa. Salir y probar otra suerte, significaba la negación de

lo comunista, de ahí que remarque con desdén aquellos que incluso encontraron trabajo en la Concertación. Probablemente, tal y como versa la canción, para este militante era el momento de la necesidad, «la necesidad de vivir sin tener precio».

Por otra parte, Boris Vega, militante de la Jota de la Universidad de Valparaíso, al respecto de la crisis, señaló:

Me pilló navegando poh (sic), no entendía nada, me acuerdo que estaba en un barco en Europa y yo veía por televisión que estaba quedando la escoba en la Unión Soviética, estaban botando monumentos. Fue como estar en el espacio, porque no había internet en ese tiempo, así que salí al mar a navegar con un mundo y cuando llegué era otro, no entendía nada. Porque yo llegaba a la casa en San Felipe y me activaba altiro con la Jota, participé en el octavo congreso en esa condición, recién llegado, me quedé como 1 o 2 meses y participé en las reuniones del congreso. Yo le preguntaba al secretario político de ese tiempo, que era un compañero que venía egresado de la Universidad Austral,

—a quien después supe su nombre y ahora somos grandes amigos—, y no le entendía nada de la explicación porque nadie sabía lo que ocurría. Yo creo que el gran valor de los compañeros y de la Gladys en particular, fue la tarea de mantener vivo el partido ¿por qué? porque éramos comunistas. (Entrevista a Boris Vega, 9 de abril de 2024, p.3).

La metáfora del espacio grafica el impacto de la crisis en el imaginario comunista. De esta manera, para Vega —ausente en los días de la debacle producto de su trabajo como marino mercante— fue equiparable a estar en el espacio como un cosmonauta; una vez aterrizado en el planeta, el mundo que era antes de su viaje ya no existía más. Al igual que en el relato de Antinao, ante tamaña crisis nuevamente se remarcaba la idea vital, que a su juicio se trató ni más ni menos de «mantener vivo al partido». Ante la pregunta de ¿por qué? la respuesta sigue en el mismo registro, «porque somos comunistas» y por ello lo propio del ser era mantener la vida del colectivo, aunque los referentes históricos murieran. Por otra parte, Jacob Sandoval perteneciente a la Jota de la Universidad Técnica Federico Santa María

había ingresado a la colectividad pocos meses antes de la crisis, por tanto, este proceso marcó a fuego su inicio de vida militante. Sandoval remarcó que «hacia fines de la década de los ochenta hubo entre 100 y 120 militantes de la Jota (en la UTFSM)». Sin embargo, tras la caída del muro y la URSS, el compañero a cargo entró en una profunda depresión, mucha gente se desactivó, y para los noventa «de los 120 militantes quedamos 4» (Entrevista a Jacob Sandoval, 14 de septiembre de 2023, p. 16.) Más aún, en particular sobre la crisis de la Jota en 1992, señaló que recordaba la sensación caótica de la situación:

[...] había algo que estaba pasando y se sentía en el aire y yo no lograba entenderlo. Partimos a las 12 “Bueno, mi nombre es Jorge y está la compañera Cristina y está la compañera Alejandra y debo decir que el compañero Bernardo, la compañera Carola y la compañera Sara, que estaban la vez pasada, ya no son parte del comité central”. Ese día debe haber habido tres convocatorias de esa envergadura, donde en ninguna de las tres eran los mismos voceros que habían estado antes, yo no entendía

nada (sic) [...] nadie me hablaba del tema de frente, porque probablemente mucha gente tampoco cachaba, pero entendían que la cosa (sic) estaba complicada. Ahí yo sentí la tensión de una organización en crisis, una organización política en crisis, nadie hablaba, pero todos estaban muy tensos, las informaciones eran incompletas, no se hacían especulaciones, tampoco se profundizaba en ciertos temas, esta cosa (sic) estaba quebrantada [...] (Entrevista a Jacob Sandoval, 14 de septiembre de 2023, p. 15).

De esta manera era percibida la situación de crisis en un militante recién ingresado. La imagen de un partido monolítico, ordenado y coherente se desplomaba ante el sentir del «ambiente». El desorden burocrático que provocaba la crisis de la Jota en 1992 en la militancia evidenciaba el calado de la tormenta. Como señaló Patricio Camus, militante de la Jota UPLA y presidente de la Federación de Estudiantes de la misma casa de estudios, la crisis de 1992 caló hondo:

Porque si hay algo que siempre nosotros como Juventudes Comunistas siempre

hemos ufanado, es que la corrupción no era parte nuestra. Entonces la convicción de verdaderamente sentirte traicionado por un grupo de compañeros, más allá de las explicaciones que hubieran dado. (Entrevista a Patricio Camus, 17 de mayo de 2023, p.9.)

En otras palabras, la crisis fue tan profunda que incluso las actitudes de algunos militantes habían pasado al campo de la alteridad. De esta forma, si para Antinao desafiar la vitalidad del partido era salir de la «casa común», para Camus incluso algunos que se habían quedado «salvando los muebles» ante el temporal, cayeron en prácticas que no eran propios de la moral comunista como sí de su alteridad. El rechazo a las otras juventudes políticas fue un rasgo bien común de la militancia comunista, cuya crítica radicaba no tan solo en diferencias políticas, sino que también en lo que Camus señaló, es decir, en representar a un otro que recurría a prácticas de corrupción a través del acceso a cargos públicos y financiamiento de las campañas universitarias. El miedo de Camus era que la Jota perdiera autoridad moral.

Ahora bien, a pesar de la profundidad de la crisis hubo un aspecto que siguió de manera sustantiva en la construcción identitaria de los entrevistados. Todas y todos en sus relatos argüían un origen familiar de clase obrera, aunque en la práctica varios de estos fueran en realidad descendientes de sectores medios profesionales. De los más de veinte entrevistados, todos militantes en alguna de las cuatro universidades regionales, remarcaron este rasgo identitario. En su relato hubo una conexión entre el origen de clase obrera y el sacrificio generacional ante la adversidad de la transición. La Jota se percibía a principios de los noventa en crisis, con una estructura orgánica debilitada, aferrándose a sus símbolos más clásicos como la identidad de clase. Así, Alejandro Barría, militante Jota territorial, luego UPLA y más tarde PUCV, se reconocía como hijo de la clase trabajadora, aunque su abuelo era profesor y en su familia había funcionarios públicos (Entrevista a Alejandro Barría, 19 de octubre de 2023, p.1). Karen Medina, militante Jota y expresidenta de la FEUPLA, al igual que Barría se identificaba socioeconómicamente con la clase trabajadora, aunque su padre era contador profesional

(Entrevista a Karen Medina, 21 de julio de 2023, p.2). Patricio Camus entroncaba su historia personal con la del partido y la izquierda, aunque no tenía antecedentes de militancia familiar. De hecho, al comenzar la entrevista, lo que primero declaró fue: «Mi nombre es Patricio Camus Cáceres, nací en Salamanca el 26 de junio de 1969, el mismo día que nació Salvador Allende. Además, Salamanca es la tierra de Elías Laferte» (Entrevista a Patricio Camus, 17 de mayo de 2023, p.1). De esta forma, su trayectoria personal lo entroncaba con lugares, personajes o episodios propios de la historia de la cultura obrera y de izquierda nacional, fundiendo con eso el individuo junto a la historicidad del colectivo del cual se sentía parte. Aunque, en estricto rigor, nacimiento e historia es propio del azar, había en su relato algo metafísico que le permitía unir ambas trayectorias. Camus se sentía parte de la clase trabajadora de este país, tanto por el lugar de nacimiento como por los símbolos pregonados, aunque su madre fuese profesora profesional y su padre funcionario público como miembro de las FF.AA. (Entrevista a Patricio Camus, 17 de mayo de 2023, p.1.). Por último, Roxana Zurita, militante de la

jota UV, también se reconocía como parte de la clase trabajadora, aunque a diferencia de los demás, reconocía que su padre era técnico formado en el INACAP. Más aún, su mamá había sido empleada pública del sector de pensiones hasta su matrimonio. Finalmente, agregó que estudió en el colegio Panamerican College, aunque a decir de ella «no era gran cosa» (Entrevista a Roxana Zurita, 26 de marzo de 2024, p.1.), lo cierto es que es una institución de educación particular pagada en Viña del Mar propia de sectores medios, sin ser de los colegios emblemáticos de los sectores medios altos y altos.

En síntesis, ante el calado de la crisis y el temporal que significó tanto a nivel internacional como local para los jóvenes comunistas, aquellos que se mantuvieron al interior de la familia comunista asumieron una posición de resistencia ante la adversidad. La identidad de clase obrera, como trayectoria que los vinculaba al partido, se mantuvo férrea, aunque la realidad de dicho devenir fuese más matizado. Además, el impacto de la crisis repercutió en el levantamiento de la noción de vitalidad para afirmar las vigas estructurales de la casa

común y, al mismo tiempo, delimitó la frontera de la militancia entre un nosotros y otro. Quienes estaban más allá, fueron vistos más que como excompañeros, como aquellos que entraron en las dinámicas ajenas a la moral propia de un comunista.

Ahora, ¿cómo se desplegó la historicidad de esta generación? ¿De qué manera la militancia política de las JJ.CC. pudo salir de la crisis? y ¿cómo repercutió este fenómeno en el movimiento estudiantil de Valparaíso?

2. Movimiento estudiantil y los amarantos en Valparaíso: La coyuntura de 1992

Una de las particularidades de la V región de Chile es que el mundo universitario está principalmente alojado en las comunas de Valparaíso y Viña del Mar, con una mayoría de la primera de estas ciudades. Estas dos localidades aledañas concentran la mayor parte de la actividad política, económica y cultural de la región. De hecho, en la comuna de Valparaíso se encuentra alojado el Congreso Nacional, así como la Intendencia Regional, cargo que

para la década del noventa era nominado por el presidente de la república.

Al comenzar la década de 1990, Chile poseía una población cercana a los 12 millones de personas y ambas ciudades por sí solas bordeaban los 560.000 habitantes. De hecho, en la conurbación llamada «Gran Valparaíso», que incluye a tres comunas aledañas además de las ya señaladas (Concón, Quilpué y Villa Alemana), sumaba 674.462 habitantes (Valdebenito, 2013). Según cifras del Banco Central, a nivel nacional, Chile para la época poseía entre universidades y centros de formación técnica de nivel superior una matrícula de poco más de 185.000 estudiantes. Más aún, Álvarez, Silva y Soto, tomando como referencia datos del MINEDUC, proponen que el porcentaje de población joven entre 18 y 24 años matriculados en universidades pasó de un 16,3% en 1992 a un 33,3% en 2005, con un crecimiento anual promedio de un 1,3% (2009). Dentro de eso, según estimaciones, la matrícula de pregrado para inicios de la década de los noventa en el «Gran Valparaíso» alcanzó un promedio de 20 mil estudiantes, siendo la segunda región a nivel nacional en cantidad de matriculados,

solo superada por Santiago. Por otra parte, en términos socioeconómicos, la región completa de Valparaíso entre 1990 y 1996 poseía niveles de pobreza que alcanzaban un 43,1% de la población, encontrándose un 4,8% sobre el nivel nacional (Pérez, 2013, p.98). Además, particularmente en la comuna, según el Plan de Desarrollo Comunal del año 2000, bajo la noción de «vivienda aceptable» se encontraba un 22,5% de las casas, cuya población en un 98% habitaba los cerros porteños (Pérez, 2013: 91- 98).

En otro ámbito, a nivel de movimiento estudiantil existe cierto nivel de consenso en cuanto a que, para los primeros años del retorno a la democracia en Chile, las federaciones de casas de estudio se encontraban en un proceso de recambio. Es decir, la dinámica antidictatorial que había permitido sobrepasar las alianzas electorales que los partidos proyectaban a nivel nacional durante la dictadura, para inicios del gobierno de Aylwin ya no se desarrollaron. En este sentido, la izquierda «más radical» o «extraparlamentaria» se vio aislada políticamente, y las juventudes de los partidos de la Concertación lograron mayor y

mejor representación. Por otra parte, el ritmo de la conflictividad estudiantil comenzó a estructurarse durante los primeros semestres, particularmente en los meses de abril y mayo, fechas que eran cercanas a la publicación de los resultados de los créditos que permitían estudiar al estudiantado más pobre. Como generalmente estos estaban muy por debajo de la demanda, se configuraban paros y movilizaciones estudiantiles que exigían mayores porcentajes para que todos pudiesen estudiar (Meza, 2006; Thielemann, 2016). Este fenómeno fue generalizado a nivel nacional. Para el caso regional, la realidad fue similar dado que a nuestro juicio esto dependía de condiciones estructurales del modelo educativo y económico. Dentro de esta dinámica, el año 1992 marcó una coyuntura relevante para el movimiento estudiantil local y nacional.

En el caso de la V región, para el mes de abril la Federación de Estudiantes de la Universidad de Valparaíso (FEUV) lideró una movilización nacida de una asamblea general de estudiantes. Convocada en el aula magna de la Facultad de Derecho, tras la reunión emergió una manifestación que, ante la disminución

de los créditos estudiantiles, exigió al rector Agustín Squella el aumento de estos, con el fin que la mayor parte de quienes postularon pudiesen estudiar. Aunque la respuesta de rectoría fue que ello dependía del Ministerio de Educación, a los pocos días el conflicto se resolvió manteniendo el mismo porcentaje de créditos para los estudiantes que el año anterior, pero incorporando el 18% de reajuste correspondiente al IPC acumulado (inflación). Además, se aplazaría la fecha de pago de los mismos (*El Mercurio de Valparaíso*, 16 de abril de 1992, p. A-6, 20 de abril de 1992, p. A-5). De igual manera, las relaciones habrían terminado tensas al interior de los estudiantes pues el presidente de la FEUV, José Pedro Núñez (Renovación Nacional), acusaba que desde las JJ.CC. y la Juventud Demócrata Cristiana (JDC) intentaban desbancarlo a través de un tribunal de honor (*La Estrella de Valparaíso*, 11 de mayo de 1992, p.36).

Por otro lado, en la Universidad Federico Santa María para igual periodo, la Federación de Estudiantes (FEUSM) convocaba a una asamblea general a fin de discutir el alza de aranceles. En esta, el presidente de la agrupación Claudio

Barrientos enarboló un discurso donde se recalcó que en negociaciones con las autoridades universitarias solicitaron que dicha alza se hiciera hasta el límite del reajuste del IPC. Sin embargo, la rectoría de la universidad había rechazado la propuesta promoviendo alzas diferenciadas por año de ingreso, todas por sobre el 20%. En su respuesta, los estudiantes rechazaban la propuesta de nivel central y se preparaban para una movilización (*El Mercurio de Valparaíso*, 28 de abril de 1992, p. A-5).

Más aún, el miércoles 28 de mayo del mismo año, más de 250 estudiantes hacían ocupación o «toma» de la Universidad de Playa Ancha, es decir, el ex Pedagógico de la Universidad de Chile en la zona. Así, el presidente de la Federación de Estudiantes y miembro de las Juventudes Comunistas (FE-UPLA), Patricio Camus, declaraba que dicha acción se enmarcaba en el rechazo al sistema de crédito universitario y la demanda por un modelo de arancel diferenciado; «esta es una universidad en crisis, una universidad pequeña, una universidad pobre que hoy día tiene que convertirse en la detonante de todo un ambiente nacional contra el crédito universitario» (*El Mercurio*

de Valparaíso, 28 de mayo de 1992, p. A-6). De esta manera, las altas expectativas del dirigente de la UPLA se fundaban en una esperanza de movilización social de alcance nacional para desarticular la política heredada de la dictadura. Bajo este ímpetu se escondían una serie de continuidades históricas manifiestas durante el ciclo de movilizaciones. A los pocos días, los propios estudiantes desarrollaron un repertorio de acción colectiva clásico del movimiento estudiantil del siglo XX. Así, marchas con letreros «el Peda en toma», llamados a otros estudiantes, ollas comunes y visitas al congreso, se desplegaron como medidas de visibilización del conflicto (*El Mercurio de Valparaíso*, 2 de junio de 1992, p. A-5).

De esta manera se articularon en algunas marchas de estudiantes movilizados de la Universidad de Valparaíso y la Universidad Católica, toda vez que en esta última casa de estudios se comenzaron a producir ocupaciones de algunas facultades y edificios emblemáticos como el Gimpert, en pleno centro de la ciudad. De hecho, para el 4 de junio, jóvenes de ambas universidades marcharon juntos al Congreso Nacional bajo la demanda del

«arancel diferenciado». De igual manera, el presidente de la FEUCV Marcel Theza (Unión de Jóvenes Socialistas) señaló no estar de acuerdo con la «toma» del edificio de la Universidad Católica y comentó sobre una reunión que habría tenido con el ministro de Educación Ricardo Lagos, donde se habría propuesto un sistema mixto entre becas y créditos (El *Mercurio de Valparaíso*, 4 de junio de 1992, p. A-5). Precisamente, al día siguiente el propio ministro Lagos anunciaba dicha propuesta.

Sin embargo, ante este ofrecimiento, el rechazo cundió y a los pocos días un grupo de estudiantes hacían ocupación de la emblemática «casa central» de la UCV. La respuesta de la rectoría fue categórica y no descartaron un desalojo (El *Mercurio de Valparaíso*, 6 de junio de 1992, p. A-8). De manera similar, las autoridades de la Universidad de Playa Ancha comenzaron a funcionar en un gimnasio facilitado por la Universidad de Valparaíso y, más tarde, en una oficina de la Biblioteca pública Santiago Severin. De tal manera, el gobierno «pisaba el acelerador» y un conjunto de estudiantes ligados a la JDC de la zona intentaban presentar al interior de la Universidad de Playa

Ancha una propuesta de crédito en línea con la del gobierno. Sin embargo, acusaron por la prensa no haberseles permitido presentar su programa, tachando a los miembros de la FEUPLA de «stalinistas», así como de politizar el movimiento, puesto que más de algún dirigente iría como candidato a los municipios desde alianzas políticas con el Partido Comunista y el MIDA (El *Mercurio de Valparaíso*, 6 de junio de 1992, p. B-1).

Con todo, tras el correr de los días la situación al interior de la Universidad de Playa Ancha comenzó a desgastarse. Paradójicamente, mientras que en universidades del sur de Chile e incluso en el «Peda de Santiago» comenzaron movilizaciones y ocupaciones de espacios públicos, el cansancio se dejaba manifestar para los estudiantes de la UPLA (El *Mercurio de Valparaíso*, 10 de junio de 1992, p. b-1). Los destellos de la «sublevación nacional» imaginada iban a contracorriente de la temporalidad desplegada por los estudiantes, pues, al parecer, Valparaíso había iniciado el proceso tempranamente y el desgaste fue rápido. Tras veinte días de «toma», la capacidad de movilización disminuía considerablemente

y la desesperación cundía en los pocos que quedaban activos. Así, en una de las últimas actividades, un grupo reducido de estudiantes intentó detener el tránsito vehicular en las calles Yungay y Edwards, en el centro de Valparaíso, pero fueron rápidamente controlados por la policía, quedando 24 de ellos detenidos (El Mercurio de Valparaíso, 17 de junio de 1992, p. B-1). Más aún, encima de este proceso, se dejó caer la temporalidad del Estado. Para mediados del año 1992 correspondían elecciones municipales y la Universidad de Playa Ancha estaba considerada como sede de votación. Por lo mismo, se desarrolló una última reunión de consejo académico donde fueron invitados los estudiantes. El objetivo era llegar a un acuerdo para entregar las dependencias de la universidad a las autoridades. Sin embargo, los dirigentes, lejos de retroceder en sus exigencias, solicitaron la disolución de la Junta Directiva por considerarla antidemocrática. Además, demandaron una nueva reforma universitaria la que, además de contemplar nuevas formas de financiamiento, estableciera el cogobierno estudiantil de manera triestamental. La reacción del rector Norman Cortés fue frontal y no dejó lugar a dudas.

Señalando su rechazo, agregó: «esa petición es absolutamente ilegal en la legalidad que hoy día nos movemos» (El Mercurio de Valparaíso, 18 de junio de 1992, p. A-5).

Finalmente, el sábado 20 de junio la portada de El Mercurio de Valparaíso tituló: «Estudiantes entregaron ayer Universidad de Playa Ancha» (20 de junio de 1992, p.1). De esta manera, los estudiantes liberaban las dependencias en un acuerdo general con las autoridades. Dentro de los puntos firmados, se encontraban: la inexistencia de sanciones académicas para los movilizados y que se propondría en los niveles que correspondiera la condonación de deudas de 1991 y 1992, a través de la compra de pagarés por parte del Estado. Además, se agregaba abrir la discusión al interior de la casa de estudios sobre nuevos estatutos orgánicos mediante claustros, así como la generación de una comisión tripartita para estudiar y proponer un nuevo sistema de financiamiento que reemplazara el modelo de créditos por uno de arancel diferenciado (La Estrella de Valparaíso, 3 de junio de 1992, p. 3, El Mercurio, 20 de junio de 1992, pp. 1, A-10).

El desarme de la movilización estudiantil en el ex Pedagógico de la Universidad de Chile en Valparaíso vino de la mano con la normalización de las clases en las otras universidades de la región. De esta manera, los estudiantes mostraban que lejos de estar absolutamente aislados y atomizados, aún quedaban destellos y continuidades del movimiento social, propio del siglo XX. Tanto en su repertorio de acción colectiva así como en las demandas propugnadas, se evidenciaban las trazas heredadas de la conflictividad social y política de la década anterior. Así, pese a toda la adversidad, la relación movimiento-partido aún vivía para inicios de la transición y los jóvenes comunistas hacían su aporte en este enlace temporal. Como se podrá apreciar, la estrategia de las Juventudes Comunistas giró en torno a la politización de la movilización, por medio de la articulación entre la problemática concreta de la escasez de crédito —propio de la política neoliberal estructural—, para desde ahí abstraer las razones hacia una crítica completa al sistema de educación en su dimensión de financiamiento y democratización. En otras palabras, desde la carencia generada en la experiencia de los sujetos, se buscó la organización

para rearticular un movimiento social que demandara el derecho a la educación. A juicio de este artículo, la impronta de la continuidad era del todo evidente, pues dicha estrategia no era sino el clásico repertorio no solo de los comunistas chilenos, sino más bien de la izquierda en general durante todo el siglo XX.

En esto, ¿cómo se traspasó esta herencia? ¿De qué manera se explican estas continuidades? Desde nuestra óptica, la teoría generacional aporta elementos para su comprensión.

3. La generación de enlace en la Jota de Valparaíso

Como vimos más arriba, hacia 1992 Patricio Camus era el único presidente de federación de estudiantes de la V región que militaba en las Juventudes Comunistas. A pesar de la notoriedad lograda al interior del movimiento estudiantil local y nacional, la situación orgánica interna de la colectividad era crítica. Poco tiempo después de esa fecha, Jacob Sandoval recuerda que «estaba el Pato en la UPLA, yo en la Santa María, Walter Araya en Copiapó. La Jota tenía solo tres federaciones,

el PPD cinco, la DC tenía ocho y los demás eran socialistas encabezados por Elizalde y Fulvio Rossi. A nosotros nos denostaban y se burlaban». (Entrevista 14 de septiembre de 2023, p.18).

En la zona de Valparaíso, los entrevistados y entrevistadas coincidieron en que se evidenció una reducción de la militancia. En el caso de la UCV, la memoria de los actores reconocía un pasado épico de lucha que se desarrolló contra la dictadura militar. En este caso hubo cierto nivel de amparo que producía la propia Iglesia Católica, albergando un proceso de politización de las diferentes expresiones de la oposición al régimen militar. Ello permitió que, desde la Democracia Cristiana hasta las distintas vertientes de las izquierdas, se articularan una gran cantidad de militantes. Sin embargo, para el retorno democrático, según Álvaro Brignardello (militante UCV), la Jota se vació de militancia. Al correr del año 1993, de haber tenido alrededor de diez bases, quedaban solo un par con pocos integrantes: «La mía se llamaba Yuri Gagarin y prácticamente la gente dejó de asistir» (Entrevista, 15 de mayo de 2023, p. 2).

En el caso de la USM la situación era similar. Aunque Jacob Sandoval también fue presidente de dicha casa de estudios con lista única entre 1994-1996, reconocía que la estructura era precaria: «para 1996 éramos cinco, la Dafne Concha, su compañero, el Ricardo Castro, estaba mi compañera, la Paola, que es la madre de mi hija y habíamos sumado a alguien más, la Úrsula, nada más. El Lucho había egresado, el Claudio había egresado, la chica Sandra había egresado» (Entrevista a Jacob Sandoval, 14 de septiembre de 2023, p.16). En línea con lo anterior, la situación en la Universidad de Valparaíso era también de poca militancia orgánica, aunque a diferencia de dos anteriores nunca había sido tan grande. De igual manera, tanto Boris Vega como Roxana Zurita concordaron que la tarea fue de construcción. Vega agregó: «Cuando llegué en 1995 sabía que solo había algunos militantes dispersos y por tanto pegué un cartel en la facultad de Humanidades para convocar a una reunión», así se inició el proceso de organización (Entrevista a Boris Vega, 9 de abril de 2024 p.4).

Con todo, en este fenómeno de disminución de la militancia, el caso diferente fue el relativo a la Universidad de Playa Ancha. En este sentido, la Jota albergada en el ex Pedagógico de la Universidad de Chile se caracterizó no tan solo por mantener las estructuras sino también por aumentar la cantidad de militantes. Todos los entrevistados coincidieron en que la «Jota-UPLA» se convirtió en un baluarte de la colectividad a nivel regional, sobre todo en el duro contexto ideológico en el que les tocó sobrevivir. Más aún, dicha fortaleza se evidenció en la obtención de la presidencia de la Federación de Estudiantes de la casa de estudios en 1992 con Patricio Camus, perteneciente a la carrera de Pedagogía en Historia. A partir de dicho año, la Jota UPLA hegemonizó la representación estudiantil hasta la segunda mitad de los 2000, es decir, por casi más de quince años. Con contadas excepciones, los presidentes de la federación fueron comunistas: Patricio Camus, Marcelo Olivares, Alexis Antinao, Karen Medina, Felipe Zavala, Danilo Ahumada, Óscar Aroca, Diego Guerrero y Edson Chávez. Durante ese periodo, el proceso de crecimiento orgánico de la militancia así como la instalación de las demandas de

perspectiva antineoliberal fueron parte de un trabajo de politización que se produjo al calor de la propia conflictividad articulada en torno a las demandas atomizadas de mayor deuda para estudiar. A juicio de este trabajo, es principalmente en dicho proceso donde se transmitieron un conjunto de continuidades históricas que, propias de la izquierda del siglo XX, así como del movimiento estudiantil, fueron heredadas por la joven generación de la década del noventa, colaborando con esto, junto a otros actores, a mantener los procesos de politización en perspectiva de reformas estructurales.

De igual forma, en los procesos históricos la conflictividad social que encuadra el despliegue de los sujetos no produce necesariamente derivaciones mecánicas en la transmisión de experiencias. Por el contrario, las continuidades son generadas por la articulación temporal en que se encuentran dos generaciones distintas. O, en su defecto, pueden estar mediadas por actores que, formados ideológica y culturalmente en un estilo de militancia, despliegan su capacidad hegemónica en un tiempo distinto al de su formación. Desde nuestra óptica, fue

precisamente dicho fenómeno el que aconteció en la Jota universitaria de Valparaíso y en particular sobre la Universidad de Playa Ancha. En este caso existió el despliegue de una generación de enlace que, formada en la década de 1980, con el estilo militante y de combate de esa época, ingresó muy posteriormente a la educación superior, promoviendo un proceso de enseñanza-aprendizaje con quienes ingresaron a la universidad en la década de los noventa a tiempo de juventud y con poca o escasa experiencia política.

¿Quiénes eran estos líderes? ¿Cuáles fueron sus características y estilos? ¿Qué aspectos lograron transmitir? En general, se trató de un conjunto de militantes que fueron formados ideológica y políticamente en la década de los ochenta. De esta manera, el contexto dictatorial los bañó de una experiencia de trabajo clandestino y disciplinado, con más acción de lucha que debate ideológico abierto. Fue una temporalidad de resistencia y movilización cuyo objetivo principal era el derrocamiento de la dictadura. En esto, por cierto, hubo un hálito revolucionario y épico que tiñó la militancia de los jóvenes amarantos chilenos. La

década de los ochenta fue entonces un sello generacional fuerte para quienes ingresaron a las Juventudes Comunistas de Chile. Patricio Camus inició su experiencia política sin saber que estaba en un anillo comunista. En 1985, se articulaba entre actividades de estudiante secundario y clubes deportivos en Salamanca (IV Región de Chile). La vida política estaba así, teñida en todas las dimensiones del quehacer, evitando la artificial distinción entre lo social y lo político. Ya para ese entonces habían tomado medidas de organización estrictas, las reuniones se hacían en distintas casas de seguridad, reducían la cantidad de integrantes y usaban fachadas como partidos de fútbol para reunirse y aprovechar de realizar formación física y luego practicar precisión al blanco. Además, utilizaban distintos mecanismos de resistencia comunicacional para actividades internas de la localidad: rayado de canchas de fútbol, panfleteo, concentraciones, apagones de luz, entre otros. Para 1988, en el marco de la campaña del plebiscito del NO; «rayamos en el cerro y prendimos con fuego con petróleo letras de 20 mt que decían NO. Fue hermoso», relató (Entrevista a Patricio Camus, 17 de mayo de 2023, p.4). Con todo,

Camus entró a la universidad en 1988 ya con una experiencia política imbricada. Así, una vez ingresado a la UPLA formó parte de una base y además se articuló con «los viejos del partido» en Salamanca. Su conclusión era que «siempre había sido comunista, siempre estuve en la línea, pero no lo explicitaba». Ya en la UPLA comenzó las tareas de todo militante formal; «1,2,3,4,5, cada uno tenía su responsabilidad. Las bases no eran de más de cinco por medidas de seguridad». Finalmente, agregó: «Cuando me preguntan cuándo yo entré a militar, siempre reivindico 1983 y no 1988, de la Jota de toda la vida, pues siempre he seguido la línea del partido» (Entrevista a Patricio Camus, 17 de mayo, p.5). El sello de la experiencia ochentera es una marca generacional en los entrevistados y expresa las continuidades de concebir el trabajo político, los repertorios de acción colectiva y los imaginarios deseados. Así, lo vivido en el pasado se convierte en el sustento para desplegar lo que se está viviendo en el presente. Camus, el dirigente estudiantil de 1992 que vimos en el apartado anterior, comenzó su experiencia política en los ochenta y para los noventa le tocó otro teatro de operaciones, ahora en el

frente estudiantil. En dicho espacio, estuvo lejos de desprenderse de su pasado, sino más bien le dio continuidad en un nuevo escenario de crisis interna y movimiento estudiantil. Era parte de los «enlaces».

Lo que hemos denominado *generación de enlace* se trata de un conjunto de militantes que, formados políticamente en los ochenta, desplegaron dicha experiencia bajo el movimiento estudiantil en el contexto democrático de los noventa, vehiculizando continuidades históricas tanto en las formas de organización como en la lógica y registro de las demandas traducidas en derechos. Más aún, en la zona de Valparaíso, esta generación de enlace se albergó mayoritariamente en la Universidad de Playa Ancha, así como en la Universidad de Valparaíso. Todos ellos hombres y de familias comunistas, fueron cuadros políticos que ingresaron a militar entre 1981-1984. Iniciaron su experiencia en el conflicto estudiantil de enseñanza media, al mismo tiempo que participaban en las operaciones de defensa y resistencia territorial en zonas rurales o en los cerros porteños. Es decir, militaron tanto en el frente de pobladores como el estudiantil.

Luego, de manera muy particular pasaron al partido, salieron del país y regresaron a Chile. Una vez en territorio nacional, volvieron a la Jota y ya bien entrada la transición ingresaron a los estudios superiores. Así, fueron vistos como «más viejos» por sus compañeros contemporáneos en las universidades.

Para el caso de la UPLA todas y todos los entrevistados señalaron que tanto las figuras de Marcelo Olivares y Alexis Antinao representaron líderes y mentores en la formación política. Boris González, Yovanka Denegri, Danilo Ahumada, Karen Medina y Felipe Zavala —todos los anteriores dirigentes estudiantiles en sus carreras y luego en la federación— remarcaron sus atributos y enseñanzas. Las referencias a ambos militantes tenía un tono de discípulos hacia sus maestros. De esta manera, rememoraban en los relatos la dinámica de trabajo, la formación entregada en la preparación de los dirigentes, la transmisión de la cultura orgánica comunista, lo importante del debate y disciplina interna (dentro de la base todo se discute, fuera de esta «unidad de acción»), y sobre todas las cosas,

la organización permanente de actividades sociales y culturales que se planificaban anualmente.

Todos estos aspectos eran muy valorados en la militancia y le permitió avanzar en crecimiento interno, así como dar continuidad a las generaciones que ingresaban y se politizaban en los noventa de cara al movimiento estudiantil. Yovanka Denegri, a propósito de la selección de candidatos para los centros de estudiantes o federación, señaló: «Primero se caracterizaba el escenario político, luego se definían criterios, finalmente se definían los nombres, pero no podías decir que no si te tocaba». Además, recordaba, por ejemplo, el entrenamiento en oratoria aplicado en una sala de clases: «Se subía a una mesa e iniciaba el discurso, en eso los demás lo criticaban o asediaban con preguntas para estar preparado» (Entrevista a Yovanka Denegri, 11 octubre de 2023, p.4). Su conclusión, luego de esta experiencia, era que los dirigentes no nacían sino que se formaban.

La trayectoria de estos cuadros de enlace generacional continuó en la dirigencia de

la FE-UPLA. Olivares fue presidente para el periodo 1996-1997 y Antinao 1997-1998. El primero de estos participó como dirigente en la movilización nacional de 1997, mientras que el segundo, al año siguiente, lideró movilizaciones hacia la Intendencia, así como en una serie de actividades culturales incluyendo la participación encabezada por el rector Óscar Quiroz en el Congreso Internacional de Educación en La Habana, Cuba.

Para el caso de la Universidad de Valparaíso, también se encontró otro liderazgo que reúne similares características que los anteriores. Es el caso de Boris Vega, quien ingresó a militar en la década del ochenta. También de familia comunista, sus compañeros en Viña del Mar lo escucharon decir que su abuelo había estado detenido y comenzó el acercamiento a la militancia bajo el alero de una iglesia católica del sector popular de Achupallas. Luego ingresó formalmente a militar en San Felipe, su zona natal, imbricándose de la cultura ochentera: uso de chapas, clandestinidad, lugares de reunión etc. Con los compañeros de ese tiempo «me encontré con gente que hasta el día de hoy somos hermanos, nos debemos la vida»

(Entrevista a Boris Vega, 9 de abril de 2024, p.2.). El registro de la vitalidad está también presente en su construcción de memoria como marca generacional, así como la identidad de clase y territorio. Al respecto, agregó:

Salvo en la U. de Valparaíso, nunca milité en la enseñanza media. Yo vengo del mundo popular y me autodefino como un obrero que estudió. Yo me bajé de los barcos a la universidad porque decidí dejar de ser marino, no quería trabajar en la construcción y lo otro que me gustaba era ser profesor y el único camino era la universidad. (Entrevista a Boris Vega, 9 de abril de 2024, p. 3).

Además de seguir una trayectoria similar a la de Olivares y Antinao, es decir, pasar de la Jota al partido y viceversa —así como del territorio a lo estudiantil—, su formación como marino mercante lo hizo estar fuera de los circuitos universitarios e ingresó tardíamente a la educación superior. Su carrera fue la de Historia. Este recorrido implicó que se viera más «viejo» que los demás, cargando con toda una experiencia política propia de la cultura ochentera en clave de lucha territorial

y callejera, pero ahora en la educación superior. De hecho, en su ejercicio de memoria reconocía que su cultura política generó tensiones al interior de la universidad, pues su estilo frontal y de acción chocaba con la de otros compañeros que a su vez le enseñaron las dinámicas de la cultura académica. «Nelson Castro, que era presidente de Historia, me dijo, mira acá primero se dialoga y si no hay respuesta se avanza a otras formas [...] eso después me sirvió mucho para cuando estuve en la federación» (Entrevista a Boris Vega, 9 de abril de 2024). Una vez ingresado a la Universidad de Valparaíso, se dio cuenta que la estructura orgánica de la Jota era muy débil y comenzó a articular a los militantes dispersos. Según el propio Vega, para 1995 no existían bases en la UV y por tanto se inició un proceso de vinculación. Sin embargo, otros entrevistados señalaron que sí existían bases, solo que el trabajo estaba disminuido en comparación con lo que ocurrirá para la movilización contra la «Ley marco».

De igual forma, en un comienzo la rearticulación se circunscribió a la Facultad de Humanidades entre Historia y Filosofía, donde

estaban también Nelson Castro, Roxana Zurita, Mabel Muñoz, Carolina Figueroa, Manuel Araya, un grupo importante que venía del Liceo Eduardo de La Barra, entre otros:

«[...] después que tuvimos consolidada esa tarea fuimos a hablar con el Marcelo Olivares a contarle. Yo lo conocía de la clandestinidad y le dije “yapo, tenemos Jota en la Valparaíso” y me dice “que te demoraste”, “no, no me demoré”, “ya y cuantos tienes” me dice, 60 le dije yo, no la podía creer. Y le dije “así que te vengo a pedir los vínculos”». (Entrevista a Boris Vega, 9 de abril de 2024, p.3)

De esta manera, ambos representantes de esta generación de enlace se encontraron nuevamente, pero ahora en la universidad, con un nuevo espacio político y un contexto diferente, el de la renaciente democracia. Pero, además, ambos habían sido actores importantes en la articulación de la militancia comunista en el periodo de crisis y, sobre todo, generaban legitimidad en sus correligionarios. ¿Pudieron estos integrantes de dicha generación, vaciarse de su experiencia histórica? Desde el punto de vista de este artículo, no. Por el contrario, lo

que ocurría era que se cristalizaba una síntesis histórica entre las continuidades heredadas y el nuevo escenario político-social propio de la temporalidad transicional.

Más aún, luego de la rearticulación de la Jota en la Universidad de Valparaíso, los comunistas integraron la mesa de federación en un lugar hegemonizado por la Juventud Demócrata Cristiana, cuyos referentes eran Osvaldo y Pablo Badenier. Para 1997, el presidente electo fue Christian Cofré y vicepresidente fue Silvio Cuneo (Derecho), independiente de izquierda cercano a la Jota. Boris Vega (Historia) integró como secretario de bienestar. Desde dicho cargo desplegó su trabajo político a través de la elaboración de catastros de estudiantes con problemáticas económicas y carencias de becas de alimentos. Así, desde lo concreto y cotidiano de las carencias materiales se desarrolló el tejido articulador que fue politizando dichas necesidades concretas hacia la crítica de razones estructurales del modelo de educación, una clásica estrategia del siglo XX chileno.

Para 1996-1997, la Jota de Valparaíso en términos orgánicos volvía a tener musculatura

interna e inserción de masas. Así lo relata Roxana Zurita:

Mira, nosotros cuando nos armamos hicimos un regional al tiro, no teníamos comunales [...] porque Marcelo Olivares tenía la idea que si nosotros armábamos un comunal, nos íbamos a ocupar sólo de la [U de] Valparaíso y las universidades que estaban ahí, pero había gente en Viña, había gente en San Felipe y en la Ligua de la Jota, pequeños grupitos. Entonces teníamos que armar un regional para poder atender eso, y ¿desde donde lo íbamos a atender? Desde los universitarios, que eran los más activos y los que finalmente ya habíamos agarrado el hilo más de trabajo interno y también de trabajo de masas desde una perspectiva política partidaria más afianzada. (Entrevista a Roxana Zurita, 26 de marzo de 2024, p. 8).

Zurita agrega que solo en la UPLA se levantó un comité local «por la cantidad de bases que tenían» y, en cambio, en la Universidad de Valparaíso se quedaron con las dos bases que habían organizado. (Entrevista a Roxana Zurita, 26 de marzo de 2024 p.9).

Finalmente, en el caso de la PUCV, Alejandro Barría fue otro militante de la Jota que desarrolló un circuito similar al de Olivares, Antinao y Vega. Al igual que Yovanka Denegri, estudió tanto en la Universidad de Playa Ancha como después en la U. Católica y desplegó su experiencia ochentera como parte de la formación de nuevos cuadros políticos en la segunda mitad de los noventa: «[...] entré a la Católica ya más maduro con toda una experiencia previa para aportar» (Entrevista a Alejandro Barría 19 de octubre de 2023, p. 16).

Ahora bien, los entrevistados de dicha casa de estudios remarcaron las particularidades de la Universidad Católica, donde la izquierda se mantuvo como minoría. Entre otras cosas, eso explicaba una alianza que tuvieron con la JDC como oposición a las juventudes socialistas y las juventudes del PPD posmovilización de 1997, cuyo candidato presidencial fue Adrián Guerrero. Patricio Díaz, militante de la Jota, señaló: «Es que aquí por suerte, en la Católica de Valparaíso no eran *guatones*, era una JDC más progre, más *chascones*, era más fácil conversar con ellos que con los socialistas y con los PPD, por ejemplo» (Entrevista a

Patricio Díaz, 6 de diciembre de 2023, p.10). Tanto Díaz como Denegri coincidieron en que previo a la gran movilización de 1997 la Jota local había logrado crecer un poco y salir de la crisis de los años anteriores, producto de cierto vacío de estructuras o de liderazgos emblemáticos como el de Yanino Riquelme que había egresado. De esta manera, con la experiencia de compañeros de trayectoria, así como aquellos ya formados en los noventa se logró cierto nivel de reconstrucción. Para Díaz, la experiencia de militantes «viejos» de perfil ochentero y maduros fue relevante. Al respecto, agregó: «Yo creo que es importante porque son previos, en términos de estructura. La experiencia de estos compañeros que venían entrando fue tan potente que logramos rearticlar a la Jota como activo políticamente» (Entrevista a Patricio Díaz, 6 de diciembre de 2023, p.16). Más aún, sobre el fortalecimiento de la estructura, Denegri planteó:

[...] en la Católica logramos armar base, en matemática, ingeniería donde estaba Iván Navarro, el Alejandro Barría, el Claudio Saavedra, que estudiaba Química y ahí el trabajo de la Católica tenía que armarse a

partir de generar una política de alianzas por lo pequeño que era, entonces ahí armamos asambleas de izquierda que eran más sólidas. (Entrevista a Yovanka Denegri, 11 de octubre de 2023, pp. 3-4)

Con todo, para la segunda mitad de la década de los noventa, la Jota de la región de Valparaíso había logrado salir de la dura crisis de inicios de la transición democrática. Más aún, lograba inserción social mediante la organización de carencias específicas y politizaba a través de las explicaciones de perspectiva crítica al neoliberalismo. Además, participaba en espacios institucionales tanto del movimiento estudiantil como de las autoridades regionales. Sumado a eso, había logrado dar continuidad a través de los estudiantes de enlace de un repertorio de acción colectiva clásico: huelga, paro, «toma», marcha, olla común, protesta y negociación. Seguido de esto, logró aumentar su cantidad de militantes y brindar mejores niveles de fortaleza orgánica tanto en la UPLA, como en la Universidad de Valparaíso e incluso en la PUCV.

Todos y todas los entrevistados reconocían la importancia de «unos compañeros con

más experiencia», «viejos» que entregaron herramientas para quienes se politizaban en los noventa sin esa trayectoria militante previa. Así, estos enlaces generacionales portaron sus propias marcas y traspasaron formas de organización para quienes comenzaban a foguearse en la política estudiantil e interna. En medio de este proceso, entonces, se presentó la movilización de 1997, ahora de alcance nacional. El impacto de dicha movilización se mantiene presente hasta el día de hoy en los actores involucrados y cada cierto tiempo los medios de comunicación desarrollan entrevistas sobre aquel épico 1997 para el movimiento estudiantil. Sin duda, fue la sublevación imaginada por la militancia de izquierda antineoliberal de los estudiantes. ¿Cómo se desarrolló esta experiencia histórica en la región de Valparaíso? ¿Qué rol jugaron estos enlaces generacionales?

4. La movilización nacional de 1997 en Valparaíso

Hacia el segundo lustro de la década de 1990, las Juventudes Comunistas de la V región se habían rearticulado en las principales

universidades de la zona. Al contrario de lo que ocurría a comienzos de 1990, la colectividad contaba con inserción social y una propuesta sobre el tema universitario, especialmente relacionado con la defensa de la educación pública y el financiamiento. En el caso de Valparaíso, parte de esta reconstrucción partidaria tuvo la impronta de la generación de enlace, compuesta por personas que se habían forjado como jóvenes comunistas en la década de 1980. Esta estuvo marcada por formas radicales de lucha y una épica partidaria asociada a este tipo de repertorio de acción colectiva. En este contexto, el hito de la movilización universitaria de 1997 fue un punto de llegada de este proceso de reconstrucción partidaria. Por un lado, fue un hito de la política de oposición a las lógicas de continuidad del proyecto dictatorial en la nueva era democrática. Por otro lado, permitió desplegar un repertorio de acción colectiva radical basado en la lucha callejera, enfrentamiento con la policía, así como las clásicas propuestas programáticas. En ese ámbito, la militancia comunista desplegó sus tradiciones aprendidas y heredadas de la década anterior. En rigor, las movilizaciones de 1997 fueron un momento de expresión del

traspaso de tradiciones y formas de generación a generación.

Como lo han señalado diversos autores que han tratado este tema, la movilización de 1997 contra la denominada «Ley marco» se convirtió en un hito dentro del movimiento estudiantil de la década del noventa (Moraga, 2006; Roco, 2005; Muñoz 2001b; Thielemann, 2016). Aunque no modificó el rumbo de la transición a la democracia (Pérez, 2020), esta experiencia histórica se constituyó como una marca generacional del movimiento estudiantil, posicionando a este desde una óptica crítica al neoliberalismo e instalando a nivel nacional la demanda por la democratización de la educación superior. Es decir, más allá de sus resultados permitió evidenciar la capacidad de movilización de los estudiantes, así como la tensión que podía generar con las élites políticas y económicas que guiaban el cauce histórico de la transición. En otras palabras, fue la primera demostración que la crisis del sistema político chileno podía provenir por las inequidades existentes en el sistema educacional.

Además, para las Juventudes Comunistas presentaron un enorme desafío, pues las direcciones de las dos universidades públicas más grandes de la capital nacional estaban en manos de integrantes de dicho partido: Jeannette Jara en la Universidad de Santiago de Chile (USACH) y Rodrigo Roco en la Universidad de Chile. Esto, sumado a un conjunto de federaciones de la zona central y del norte del país, implicó que los amarantos lograran la más importante representación al interior del movimiento, tiñendo con su sello las demandas que habían instalado en el mundo estudiantil como las declaradas en el famoso encuentro nacional universitario (ENU) de abril de 1997 (JJCC, Resoluciones ENU, 1997). De igual manera, no es menos importante señalar que otros grupos de izquierda como la «Surda», franjas de la Juventud Socialista y grupos más atomizados de izquierda participaban también en el proceso de politización de las demandas.

En términos muy generales, el conflicto se articuló en un doble sentido. Por una parte, en la lógica que se venía dando desde los noventa, es decir, a partir de los resultados del crédito

universitario. A esto se le agregó el debate de la denominada Ley Marco, cuyo proceso venía desde 1995 y 1996 ralentizado por el propio movimiento estudiantil. Para 1997 la discusión fue retomada e impulsada por el propio gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle cuya característica principal fue intercalar el eje modernización por el de democratización (Joignant, 2003), promoviendo un sin número de reformas descentralizadoras de orientación neoliberal bajo el proceso institucional democrático. A grandes rasgos, dicho proyecto en educación buscaba una modernización del mundo de la educación superior con criterios propios del mercado, así como un mayor control de pago de los estudiantes una vez egresados. Según Thielemann, la triada Ministerio de Educación, Ministerio de Hacienda y *El Mercurio* operaron como la articulación de las élites, una vez que este último medio respaldara la propuesta de gobierno, criticando la sobre dotación de personal académico y administrativo (2016, pp. 158-159). Con todo, la movilización se inició a fines de mayo en la Universidad de Chile (*La Tercera*, 23 de mayo de 1997, p.8), luego se sumó la USACH

y el fenómeno siguió como efecto dominó en la mayoría de las universidades del país. La revuelta había comenzado.

En el caso de Valparaíso, las alarmas para las autoridades regionales y locales se encendieron el 5 de julio del mismo año, pues el Liceo n.º 2 de Niñas de Valparaíso inició un paro por problemáticas internas, principalmente de infraestructura (*El Mercurio de Valparaíso*, 5 de junio de 1997, p. A-4). La reacción de la dirección interna vino al día siguiente y rápidamente lograron un acuerdo que desmovilizó a las estudiantes mediante la promesa de postulación de un proyecto hacia los Fondos de Desarrollo Regional para solucionar los problemas de infraestructura (*El Mercurio de Valparaíso*, 6 de junio de 1997, p. A-4). Sin embargo, a nivel nacional, el conflicto siguió brotando y para el 10 de junio los estudiantes de las principales federaciones universitarias establecían un petitorio representando a las 25 universidades tradicionales a nivel nacional, especialmente regionales y derivadas. Los puntos principales eran: 1. Aumentar los recursos para solventar el déficit de los créditos del fondo solidario. 2. Cubrir la totalidad

del alza de remuneraciones de los empleados públicos mediante un ítem específico, vía asignación especial a la planilla de cada institución e impedir el alza de aranceles por sobre el IPC. 3) Implementar un fondo de reparación de la deuda histórica para las universidades tradicionales como ítem especial de la ley de presupuesto con criterios entregados por el CONFECH. 4) Término inmediato del sistema de crédito. 5) Aumento del 1,5% del PIB para la educación superior (*El Mercurio de Valparaíso*, p. B-3). La respuesta del gobierno fue inmediata, declarando «irreal» dicho petitorio (*La Estrella de Valparaíso*, 10 de junio de 1997, p. 28).

Al día siguiente las universidades regionales comenzaron a sumarse al paro. Principalmente, en un comienzo dicho proceso recayó en la Universidad de Valparaíso y la Universidad de Playa Ancha (*La Estrella de Valparaíso*, 12 de junio de 1997, p. 13). Así, el 11 de junio la prensa local remarcaba la existencia de carreras en ambas universidades que estaban en paro. Dos días después, alrededor de 15 mil estudiantes de las cuatro universidades tradicionales en Valparaíso marchaban hacia

el congreso para exigir apoyos y declarar su crítica a lo que denominaban el sistema de educación neoliberal (*El Mercurio*, 14 de junio de 1997, p A-5). Tras esto, y a la espera de las resoluciones del CONFECH que se realizaría en La Serena, el presidente de la FEUV Christian Cofré (JDC) declaró que pasarían a medidas más drásticas si fuese necesario (*El Mercurio de Valparaíso*, 16 de junio de 1997, p. A-2).

A partir de dicho CONFECH surgió el llamado al paro nacional convocando a una gran marcha en distintas regiones del país. Solo en Santiago las federaciones de la capital esperaban reunir al menos a 20 mil estudiantes en las calles. El gobierno había jugado sus cartas el día anterior, pues el Ministro de Educación José Pablo Arellano invitó a los dirigentes a una reunión donde se tratarían los temas propuestos, sin embargo, al mismo tiempo enviaba un proyecto de Ley Marco para «avanzar» en los puntos. Ante esto, Rodrigo Roco, presidente de la FECH, criticó la actitud del gobierno pues dicho proyecto había sido enviado sin la consideración de los estudiantes. Más aún, a la convocatoria se había sumado en la capital la Universidad Tecnológica Metropolitana

(UTEM) y la Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE) o «el Peda» de Santiago, bordeando los 50 mil estudiantes involucrados (*El Mercurio de Valparaíso*, 17 de junio, B-4). A esa altura, el periódico comunista *El Siglo* entregaba cobertura casi total a lo que ocurría. De esta manera, entrevistando a dirigentes estudiantiles y resaltando las perspectivas de cambio que encarnaban los jóvenes, titulaba a lo grande «Avalancha universitaria» (*El Siglo*, 3-19 de junio de 1997, pp. 3-4). De hecho, Marisol Prado, secretaria general de la FECH y militante de las JJ.CC., señalaba en el número siguiente: «Este movimiento no se detendrá hasta lograr una reforma global del sistema universitario» (*El Siglo*, 20-26 de junio de 1997, pp. 4-5). Así, las expectativas de cambio en los movilizados estaban instaladas, visualizaban movilización de masas, pero, además, avances en negociaciones con la Universidad de Chile. Para estos actores, las contradicciones del neoliberalismo les daban la razón.

Para el caso de Valparaíso, dicha movilización tuvo una dinámica distinta. Dado que no existía un paro total de las carreras de todas

las universidades, los estudiantes en vez de apostar por la masividad, optaron un día antes de la convocatoria de la CONFECH por una movilización focalizada. Así, alrededor de 200 estudiantes de la UPLA y la UV marcharon hacia la intendencia, donde realizaron una toma pacífica del espacio para luego reunirse con el Intendente Gabriel Aldoney (PS). En dicha reunión, Marcelo Olivares, presidente de la FEUPLA, y Christian Cofré, de la FEUV, manifestaron su preocupación por la situación de las universidades regionales, enmarcados en las demandas de la CONFECH. (*El Mercurio de Valparaíso*, 18 de junio, p. A-3).

Al día siguiente, el llamado a paro fue acogido en la Universidad de Playa Ancha así como en la Universidad de Valparaíso, donde incluso se desplegaron tomas indefinidas de algunas escuelas, sumándose además la PUCV y la UTSM por el día. Para ese entonces, la movilización alcanzaba ribetes nacionales y se articulaba una gran marcha de todas las universidades regionales —salvo la Universidad de Magallanes— hacia Santiago (*El Mercurio de Valparaíso*, 19 de junio de 1997, p. B-3). Por otra parte, en el espacio local, estudiantes de

Valparaíso cortaron la principal avenida que une al puerto con Viña del Mar. Iniciaron el recorrido desde la Universidad Santa María, junto a estudiantes de las otras universidades cortaron el tránsito generando una congestión vehicular de proporciones. Luego de ello, se desarrollaron fuertes enfrentamientos con la policía, terminando con fractura de cráneo un estudiante de la USM (*La Estrella de Valparaíso*, 19 de junio de 1997, pp. 16-17).

Cinco días más tarde, el MINEDUC ofreció un avance en las conversaciones estableciendo, entre otras cosas, que el fondo de reparación de la denominada deuda histórica fuese un 75% para universidades regionales y un 25% para las de la capital. Para ese entonces los dirigentes nacionales evaluaban una mesa de trabajo con los estudiantes, mientras que estos sentían que era disminuir su capacidad pues originalmente pensaban en la lógica de la negociación. Una mesa de trabajo implicaba bajar las movilizaciones y alargar el resultado. Así lo hizo notar Alexis Antinao —para ese entonces vicepresidente de la FEUPLA— en una entrevista en *El Mercurio de Valparaíso*: el gobierno «se ha aprovechado de la emergencia

del temporal para dilatar todo el asunto y no ha dado respuesta a nuestras demostraciones de diálogo [...] (el gobierno) ha hecho un juego de palabras que nos sacó de las casillas», advirtiendo una agudización y nuevas movilizaciones (26 de junio de 1997, A-3).

En el marco de este punto de mayor tensión en la negociación, los estudiantes respondieron con su herramienta más tradicional como lo era una marcha hacia el Congreso Nacional, dejando a Valparaíso como el teatro del descontento. Así, llegaron más de 25 buses desde Santiago con estudiantes universitarios, incluidos los propios dirigentes para ser recibidos por parlamentarios. Una enorme columna de miles de estudiantes repletó las calles de Valparaíso con cánticos y consignas contra el sistema educativo, al mismo tiempo que cerrarían la manifestación con un gran concierto de rock. Sin embargo, a partir de las 15:00 comenzaron los conflictos con la policía que se prolongaron por varias horas. De hecho, la policía disparó bombas lacrimógenas al interior de la escuela de Psicología de la Universidad de Valparaíso, lo que generó el caos al interior de dicha casa de estudios. El

resultado de la jornada fue de ciento cuarenta detenidos por desórdenes, quienes durante la madrugada fueron puestos en libertad (*El Mercurio de Valparaíso*, 2 de julio, pp. A-1 y A-12).

Ahora bien, para dichos días el movimiento comenzaba a dar muestras de fisuras que se abrirían al punto de no retorno. Por una parte, un dirigente de las juventudes del PPD —Rodrigo Peñailillo, para ese entonces presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad del Bío-Bío— tensionaba el movimiento marcando diferencias con la CONFECH en su disposición a la negociación con el gobierno. Para esto agrupaba a distintas universidades del sur de Chile firmando como CONFESUR. Aunque para autores como Thielemann, dicha estrategia no tenía real musculatura pues esa firma salía tras los desacuerdos de las juventudes de la Concertación en el CONFECH, lo cierto es que puso presión al movimiento y lo debilitó. Al mismo tiempo, la presión interna en la Universidad de Chile era tal, que avanzaron en un acuerdo interno de gobernabilidad abriendo la participación multiestamental en dicha casa de estudios.

¿Cómo repercutió esto en el movimiento estudiantil regional? Las fuentes evidencian que la acción colectiva siguió su rumbo por unas semanas más. De hecho, Rodrigo Roco y Jeannette Jara mantuvieron el petitorio en las negociaciones con el gobierno, entre otros aspectos como los 24 mil millones que implicaban el aporte del PIB. Por su parte, los estudiantes de la Universidad de Playa Ancha continuaron en el proceso de programación de «claustros triestamentales», para luego dar paso a claustros de facultad que cerrarían en un pleno para discutir participación universitaria, estatutos orgánicos y visión de la universidad (*La Estrella de Valparaíso*, 4 de julio de 1997, p.2).

Por otro frente, estudiantes de la sede de la Universidad Santa María en Quilpué cortaron por algunas horas la ruta principal que unía Viña del Mar con las comunas del interior del «Gran Valparaíso» como acto de protesta, y el gobierno denunció la manipulación del Partido Comunista sobre el conflicto estudiantil (*La Estrella de Valparaíso*, 5 de julio de 1997, pp. 2-3). Días después, se registraron incidentes en una protesta en la Universidad de Playa

Ancha. Los enfrentamientos se prolongaron por varias horas, pero a diferencia de otras ocasiones, esta vez no hubo detenidos y, de los ocho lesionados, seis resultaron ser policías (*El Mercurio de Valparaíso*, 8 de julio de 1997, p. A-1 y A-12).

A pesar de esto la suerte estaba echada, el movimiento se iba desfondando contra los esfuerzos de mantenerlo vivo. Las más de siete semanas de movilizaciones acarrearán costos que ya se hacían imposibles de sortear. De hecho, el presidente de la FEUV, Christian Cofré, era pasado a un Tribunal de Honor con el objetivo de destituirlo por parte del «Consejo de Presidentes» de la misma universidad. Esto debido a su apoyo a los acuerdos con el gobierno de manera inconsulta (*El Mercurio de Valparaíso*, 12 de julio de 1997, p. A-13). Ya para ese entonces la Universidad de Chile volvía a clases y en un último esfuerzo el CONFECH se realizó en la Universidad de Playa Ancha. A pesar de esto, el movimiento se encontraba dividido frente a los acuerdos que se vislumbraban con el gobierno y sumaban al retorno a clases la USACH y la UTEM (*El Mercurio*, 13 de julio de 1997, p. A-4). Finalmente, días

después, los estudiantes de la UV y la UPLA decidieron retornar a clases. Con esto se cerraba el ciclo de movilizaciones de 1997 en la región sumando algunos días después que Santiago (*La Estrella de Valparaíso*, 16 de julio de 1997, p. 3).

Conclusiones

En el presente trabajo hemos apostado a historizar las continuidades desarrolladas en el movimiento estudiantil durante la década de 1990 a través del estudio de las militancias en las Juventudes Comunistas de Chile. Ubicados en el marco de la teoría generacional, explicamos de qué manera el estudio de las militancias políticas ayudan a sortear las preguntas sobre los cambios y continuidades desarrollados en la experiencia de los sujetos. Por ello, mediante la noción de generación de enlace, evidenciamos cómo se pueden potenciar procesos de enseñanza y aprendizaje entre generaciones políticas diferentes. Descentralizando el análisis caracterizamos las particularidades de la región de Valparaíso para el mundo universitario, dando cuenta de las marcas generacionales que la formación

política ochentera imprimió en su despliegue durante la década de los noventa.

Desde el punto de vista de este artículo consideramos que dichos procesos de trasvasije generacional permitieron crear prácticas políticas que sintetizaron la cultura ochentera y los cambios que evidenciaba la década de los noventa para el escenario internacional como nacional. Las movilizaciones sociales más importantes de la década, especialmente la ocurrida el año 1997, fueron momentos en donde la militancia comunista desplegó formas de lucha heredados de la década anterior. Asimismo, el proceso de reconstrucción de la organización luego de las crisis de los años 1990-1992 se llevó a cabo, en parte, utilizando los métodos y el relato de la generación juvenil comunista de los años ochenta. Por ello, el caso examinado en este artículo demuestra que la rearticulación de uno de los más importantes partidos de la izquierda chilena, como es el PC, no se basó en una óptica refundacional o de ruptura de su pasado como los tiempos parecían indicar. Por el contrario, la existencia de generaciones de enlace, como la descrita

en este texto, demuestran las continuidades de la cultura militante comunista.

La estabilidad de dichas prácticas quedaría evidenciada en que, a pesar del desenlace de la historia aquí tratada, las Juventudes Comunistas de la región quedaron instaladas y abiertas a nuevos procesos de crecimiento. De hecho, Alexis Antinao se convirtió en el presidente de la FEUPLA reemplazando a Marcelo Olivares, de la misma forma que en la Universidad de Valparaíso Silvio Cuneo (independiente pro Jota) presidiría la FEUV y Boris Vega integró para el nuevo periodo como secretario de bienestar. De manera distinta, en la Universidad Católica de Valparaíso las bases de la Jota siguieron creciendo y lograron disputar —aunque no ganar— la federación de estudiantes.

De esta forma, los enlaces generacionales habían dejado su marca en los jóvenes militantes y estudiantes del siglo XX que se apagaba, toda vez que las continuidades del modelo heredado se hacían más evidentes. Además, al interior de la militancia juvenil comunista las interacciones generacionales permitieron —a partir de enlaces— transmitir ciertas formas

de concebir el trabajo político y la militancia, así como elementos subjetivos que fueron importantes a la hora de resistir la crisis de principio de la década del noventa. De esta manera, elementos como la identidad de clase, el sentido de vitalidad en la pertenencia al partido y una perspectiva de democratización en clave de derechos sociales y participación, en el sentido más clásico de la modernidad propia del siglo XX, fueron aspectos que nos pueden ayudar a explicar esta «anomalía social de la transición».

Finalmente, pensamos que las reflexiones teóricas sobre el fenómeno generacional pueden entregar pautas analíticas para comprender las trayectorias de las militancias, evidenciando los procesos de adaptación de los partidos en ciclos históricos de mediano y largo alcance. Más aún, dichos enfoques logran mayor potencial explicativo cuando se cruzan con prácticas sociales exteriores a la subjetivación propia de los actores, tanto al interior como en los entornos partidarios. Esto último resulta relevante, pues permite pensar los filtros en el flujo de la experiencia generacional cuando ocurren los recambios, y

otra generación se enfrenta y articula nuevas relaciones de poder.

Agradecimientos: Este artículo es resultado del proyecto ANID/FONDECYT/REGULAR 1230241 y contó con el apoyo de Vicerrectoría de Investigación de la Universidad de Playa Ancha/ Apoyo Asistencia a Congresos Científicos/2024.

Testimonios orales

- Antinao, Alexis
- Barría, Alejandro
- Brignardello, Álvaro
- Camus, Patricio
- Denegri, Yovanka
- Díaz, Patricio
- Medina, Karen
- Olivares, Marcelo
- Sandoval, Jacob
- Vega, Boris
- Zurita, Roxana

Referencias citadas

Álvarez, R. (2019): *Hijos e hijas de la rebelión*. Santiago: LOM Ediciones.

Álvarez, L., S. Lisando y M. Soto (2009): «Dimensión espacial de la movilidad cotidiana universitaria: El caso del gran Valparaíso», *INVI*, 65 (24), 2009, pp. 19-77.

Álvarez, C. (2018): «La perspectiva generacional en los estudios de juventud: enfoques, diálogos y desafíos», *Ultima década*, 26 (50), pp. 40-60. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362018000300040>

El Mercurio de Valparaíso, 1992, 1997.

El Siglo, 1997.

Joignant, A. (2003): «La democracia de la indiferencia. Despolitización, desencanto y malestar en el gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle». En: Muñoz, O. y C. Stefoni, *El período del Presidente Frei Ruiz-Tagle*. Santiago: Universitaria, pp. 83-106.

Karle, C. (2023): «Rebeldes generando acción: La izquierda de la Universidad Católica y la rearticulación del movimiento estudiantil chileno en la posdictadura (1993- 1997)». *Izquierdas*, 52, pp. 1-28.

Meza, Alexis. (2006): «Un tropezón no es caída. Historia del Movimiento Estudiantil en la

Universidad de Concepción (1990-2000)». En Taller de Ciencias Sociales 'Luis Vitale' (ed.) *Historia sociopolítica del Concepción contemporáneo. Memoria, identidad y territorio*. Santiago: Ediciones Escaparate/UARCIS, pp. 199-256.

Moraga, F. (2006). «Crisis y recomposición del movimiento estudiantil chileno, 1990-2001». En: Marsiske, R (coord.), *Movimientos estudiantiles en América Latina III*, pp. 180-252.

Moyano, C. (2011): *MAPU o la seducción del poder y la juventud*. Santiago: Editorial Alberto Hurtado.

Muñoz, V. (2011a): «Juventud y política en Chile. Hacia un enfoque generacional», *Última década CIDPA*, (35), pp. 113-141. Disponible en <https://www.scielo.cl/pdf/udecada/v19n35/art06.pdf>

Muñoz, V. (2011b): *Generaciones. Juventud universitaria e izquierdas políticas en Chile y México (Universidad de Chile- UNAM 1984-2006)*. Santiago: LOM Ediciones.

Muñoz, V. (2016): «El Partido Socialista de Chile y la presente cultura de facciones. Un

enfoque histórico generacional (1973-2015)», *Izquierdas*, (26), pp. 218-255.

Muñoz, V. (2020): «Chascones. Dictadura, movimiento estudiantil y militancia en el ala izquierda de la Juventud Demócrata Cristiana JDC. 1973-1989», *Izquierdas*, (49), pp. 1855-1894.

Muñoz, V. (2018): «La cuestión generacional en el discurso del gremialismo y la Unión Demócrata Independiente durante la dictadura de Pinochet». *Revista de historia y geografía*, (39), Ediciones UCSH.

La Estrella de Valparaíso, 1997.

La Tercera, 1997.

Pairicán, F. (2016): «La gran crisis: Las Juventudes Comunistas de Chile defendiendo su identidad en tiempos de transición y renovación democrática, 1989-1992», *Izquierdas*, (30), 2016, pp. 124-160.

Pairicán F. (2017): «La reconstrucción: la Jota entre la marginalidad y el derecho a soñar (1994-1999)» *Páginas*, Núm. 20, pp.102-130.

Pérez, A. (2013): «Clientelismo político, neoliberalismo y la Concertación: el “guatón” Pinto en el municipio de Valparaíso 1990-1996», *Divergencia*, (3), 2013, pp. 89-113. Disponible en: https://www.revistadivergencia.cl/wp-content/uploads/2018/11/05_clientelismo_politico_neoliberalismo_y_la_concertacion.pdf

Pérez, A. (2020): *Clientelismo en Chile. Historia presente de una costumbre política. 1992-2012*. Santiago: Ediciones Alberto Hurtado.

Roco, R. (2005): «La FECH de fines de los 90: relatos de una historia presente». *Anales de la Universidad de Chile*, (17), pp. 52-83.

Riquelme, A. (1999): «¿Quiénes y por qué no están ni ahí?». En Drake y Jaksic, *El modelo chileno*. Santiago: LOM Ediciones, 1999.

Santibáñez, P. y R. Ganter (2016): «Representaciones sociales de lo político: Convergencias y divergencias del relato generacional en el gran Concepción». *Última década*, 24 (44), pp. 39-70. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362016000100003>

Salazar, G. y J. Pinto. (2002): *Historia contemporánea de Chile. Niñez y juventud tomo V*. Santiago: LOM Ediciones.

Thielemann, L. (2016): *La anomalía social de la transición. Movimiento estudiantil e izquierda universitaria en el Chile de los noventa*. Santiago: Tiempo Robado editoras.

Thielemann, L. (2014): «Hijos de Recabarren, hijos de la transición: sobre las JJCC y la anomalía estudiantil de los ‘90». En Loyola, M. y R. Álvarez, *Un trébol de cuatro hojas. Las Juventudes Comunistas de Chile en el siglo XX*. Santiago: Ariadna Ediciones.

Whittier, N. (1995): *Feminist Generations: The Persistence of the Radical Women’s Movement*. Philadelphia: Temple University Press.

Valdebenito, C. (2014): «La huella socio-demográfica en la estructura residencial de las ciudades medias de Latinoamérica: el caso de Viña del Mar-Chile en la década 1992-2002». *Scripta Nova REVISTA ELECTRÓNICA DE GEOGRAFÍA Y CIENCIAS SOCIALES*. 28, núm. 492. Disponible en: https://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-492.htm#_edn1